

MARTIRIO

DE SANTA AFRA (1).

Sacado de doce Manuscritos; á saber, primero de la Biblioteca Real; segundo de la de M. Colbert; tercero de la de la Sorbona; cuarto de S. German de los Prados; quinto de S. Mauro de las Fozas; sexto de Santa Genevova de París; séptimo del Monasterio de Fecamp; octavo de S. Pedro de Conches; noveno de S. Pedro el Vivo de Sens; décimo del Presidente Boubier; undécimo de los Carmelitas Descalzos de París; y el duodécimo de las Antigüedades de la Ciudad de Ausbourg,

por Marco Velsar.

Año de Jesu-Christo 304, en el imperio de Diocleciano, y de sus Colegas.

ENcendida la persecucion contra los Fieles en Ausbourg, cada dia le robaba muchos de sus Ciudadanos: llevábanlos ante los Idolos para obligarlos á ofrecerles incienso: atormentábaseles de mil modos para arrancar de su boca alguna blasfemia contra Jesu-Christo; y su sangre corría por todas partes mezclada con la sangre impura de los toros, que los Gentiles sacrificaban á sus Dioses. Entre estos fue presa con algunos otros una famosa cortesana llamada Afra. Luego que se halló ante el Juez, y que confesó que era Christiana, la dixo este: Sacrifica á los Dioses, porque creo sabes muy bien que mejor es vivir, que

(1) El día 5 de Agosto.

no exponerse imprudentemente á espirar en los suplicios. Respondióle Afra: Ay de mí! bastantes son mis pecados pasados, sin que les añada otros nuevos: y así no espereis que jamás los venere. J. Vé al Templo, creeme, y dales incienso. A. Jesu-Christo es mi Dios: yo le veo, y siempre le tengo presente: yo le confieso mis pecados con toda la amargura de mi corazon: soy indigna, es verdad, de ofrecerle un sacrificio; pero me abraso del deseo que tengo de ofrecerme á mí misma por la gloria de su nombre, para que este cuerpo, que tantas veces he manchado con mis impurezas, sea purificado en su propia sangre. J. A lo que entiendo, tú haces el oficio de cortesana; y pues es así, de ningun modo puedes pretender volver á la amistad del Dios de los Christianos; y así te aconsejo sacrifiques á los nuestros, que son mucho mas indulgentes. A. Jesu-Christo mi Señor dixo que había baxado del cielo solo por los pobres pecadores; y su Evangelio nos enseña que permitió á una cortesana como yo regarle los pies con sus lágrimas, y que la perdonó todas sus culpas: jamás mostró desprecio alguno por los pecadores: conversaba familiarmente con ellos, y comía ordinariamente á su mesa.

Díxola Gayo (así se llamaba el Juez): A lo menos pide á los Dioses te concedan mas amantes, y especialmente que sean liberales. A. Antes moriría mil veces, que recibir regalo alguno de ningun hombre. Jamás he guardado alguno de

todos quantos me han hecho : siempre los he despreciado. Muchas veces los quería dar á mis hermanos los pobres ; pero por mas instancia que les hice para que los aceptasen , jamás quisieron tomarlos (1), aunque les dixese que se los daba con el fin de que orasen á Dios por mí ; y así me he visto obligada á arrojarlos : ¿ cómo quereis que ahora tome yo lo que miro con horror , y como á cosa inmunda ? G. Però tu Christo no te quiere ya : ya te desprecia : en vano le llamas tu Dios : ¿ cómo te atreves á llamarte Christiana , siendo una ramera ? A. Confieso que no soy digna , ni merezco de ser amada de Dios ; pero tambien sé que este mismo Dios para amarme no consulta mas que á su misericordia , y no al mérito de los que honra con su amor ; y así creo que me ama. G. ¿ Y cómo lo sabes tú ? A. Yo conozco muy bien que mi Dios no me ha desechado , puesto que me permite confesar su santo nombre ante tu tribunal ; y tengo una firme esperanza que la confesion libre , y sincera que hago ahora , me ha de obtener el perdon de mis excesos. G. Todas esas son puras fábulas : lo que yo te aconsejo es , que dés culto á los Dioses , que son los únicos que te pueden hacer feliz. A. Os engañais ; porque solo Jesu-Christo es quien puede hacerme dichosa , así como él solo puede darme el cielo. ¿ No salvó al Buen Ladron , y no le pro-

(1) Admirable desinterés de los primeros Christianos , que hasta los pobres no querian tomar las limosnas de una prostituta.

metió su paraíso , solo porque confesó su divinidad un momento antes de espirar ? G. Sacrifica ; ó si no , te haré azotar á presencia de tus amantes. A. Haced lo que gustáseis ; porque sola la memoria de mis pecados es lo que me puede causar confusion. G. Vaya , resuélvete ; porque me dá vergüenza de disputar tanto tiempo con una ramera. Si no obedeces , te haré dar la muerte. A. Eso es lo que yo deseo con todo mi corazon ; si es que soy digna de morir por mi Dios , y mi Señor. G. Sacrifica , te digo , por la última vez ; porque si no , voy á mandar que te atormenten primero , y que después te quemem. A. Que este cuerpo miserable , que se ha manchado con tantos delitos , sufra mil tormentos , que sea abrasado , le está muy bien , bien merecido lo tiene ; pero por lo que toca á mi alma , yo la conservaré pura ; y jamás se verá que la cortesana Afra ofrezca á vuestros Idolos incienso.

A vista de esto aquel iniquo Juez pronunció su sentencia : " Mandamos que la prostituta Afra , bien conocida en toda la Ciudad de Ausbourg por una infame ramera , y que por otra parte dice ser Christiana , sea quemada viva , por haberse resistido á sacrificar á los Dioses inmortales." Inmediatamente fue entregada á los verdugos , que la hicieron pasar á una isla que el rio Lico (1) forma mas arriba de la Ciudad , donde despojada de sus vestidos , la ataron á un poste.

B 2

En-

(1) El Lico , ó el Lik.

Entretanto, levantando al cielo la Santa sus ojos todos bañados en lágrimas, hizo esta oracion: ¡O Jesus, Dios Todopoderoso, que vinisteis á este mundo no para llamar á los justos, sino á los pecadores por la penitencia! Señor, que prometisteis al contraventor de vuestros preceptos, que olvidareis sus culpas en el mismo momento que se convirtiere á vos (y sé yo que vos sois fiel en vuestras promesas): recibid el sincero arrepentimiento, que os ofrece un corazon contrito, y humillado: recibidle, Señor, con los tormentos que se me preparan. Dichosa yo, si este fuego, que vá á reducir mi cuerpo á cenizas, puede expiar los vergonzosos desórdenes de mi vida. Al mismo tiempo levantaban al rededor de ella una hoguera. Ya la llama comenzaba á pegarse en los parages mas cercanos de la Santa, quando se la oyeron clara, y distintamente las palabras siguientes: Gracias os doy, ó Jesus mio, de que os digneis recibirme como una hostia inmólada á la gloria de vuestro nombre. Vos, que sois la verdadera, y la única hostia ofrecida por la salvacion de todo el mundo: vos, que siendo la misma inocencia, la bondad esencial, el Dios de bendicion, el Santo de los Santos, quisisteis morir por los delinquentes, por los malos, por los hijos de maldicion, y por los pecadores. Yo os ofrezco, Señor, mi vida en sacrificio: vos, que vivís con el Padre, y el Espíritu Santo por los siglos de los siglos.

En tanto que la bienaventurada Afra se abría
por

por entremedio de las llamas de su hoguera un camino hácia el cielo, Eunomia, Eutropia, y Digna se estaban á la orilla del rio. Eran estas tres jóvenes las que servian á Afra, y que despues de haberla imitado en su modo de vivir, la seguian en su conversion, y recibieron con ella el bautismo de mano del Santo Obispo Narciso. Pero como llegase una barca al mismo sitio, suplicaron al barquero las pasase á la isla. Hallaron el cuerpo de su ama todo entero; y una esclava, que las había acompañado, se arrojó prontamente al rio. Pasándole á nado, corrió á casa de Hilaria, madre de la Santa, á dar la noticia de esta maravilla. Tomó consigo esta virtuosa muger dos Sacerdotes, y fue la noche siguiente á la Isla de Lic, de donde levantando secretamente el sagrado cuerpo de su hija, le puso en un sepulcro que hizo antes construir para sí, y para sus descendientes á dos millas de Ausbourg. Esto no se pudo hacer tan de secreto, que no llegase á noticia del Juez: y sobre la marcha envió al sepulcro á algunos de sus archeros, con orden de traerle á Hilaria, y las tres sirvientes; mandándoles que al principio no les hiciesen violencia, sino despues que se asegurasen de ellas, les propusiesen cortesmente el que dierran culto á los Dioses; en lo que si consentian, las traxeran con todos los honores que se hacen á las personas distinguidas. Pero si al contrario vieran resistencia á rendir á sus Dioses omenges, llenáran el sepulcro de espinos secos, y de

otras materias combustibles; y encerrando en él á estas mugeres, tapada con diligencia la entrada, lo encendieran, especialmente encargándoles que ninguna se les fuese. Executaron los archeros sus órdenes á la letra. Hilaria rehusó constantemente el sacrificar á los Dioses: hicieron lo mismo las tres criadas. Encierranlas en el sepulcro: llenáronle de leña seca: pegaronla fuego; y dexando estas santas mugeres sus cuerpos medio consumidos, fueron á juntarse en el cielo con la bienaventurada Afra el mismo dia que esta había entrado en él.

MARTIRIO

DE SANTA INES VIRGEN.

Escrito en verso por Aurelio Clemente Prudencio en el Libro de las Coronas.

Sacado de diversas ediciones, cotejadas con un Manuscrito del Monasterio del Monte S. Miguel.

Año de Jesu-Christo 304, en el imperio de Diocleciano, y de sus Colegas.

EL sepulcro de la ilustre Inés, levantado á la vista de los muros de Roma, parece que los defiende, y los pone á cubierto de qualquiera insulto. Pero la admirable Santa que encierra, y que juntó la corona del martirio á la de la virginidad, no solamente es protectora de sus Ciudad-

dadanos, sino tambien de todos los estrangeros, á quienes una piedad sincera conduce á aquel pueblo para cumplir en ella sus votos, y ofertas.

Apenas salió Inés de la infancia, quando su tierno corazon se abrasaba ya en las sagradas llamas del divino amor. En vano se la instaba que faltase á la fé que prometió á Jesu-Christo, para adorar á los Idolos; y resistió siempre generosamente á todos los esfuerzos que hacía la impiedad sostenida de la autoridad, para obligarla, y reducirla. Empleáronse mutuamente en este designio la violencia, y el artificio. Tan presto, sirviéndose el Magistrado de palabras llenas de una dulzura afectada, parecía obrar con ella no como Juez, sino como amigo. Tan presto hacía comparecer ante sus ojos á los verdugos, con el fin de amedrentarla con sus terribles miradas, y sus gestos adustos. Pero ni la adulacion, ni las amenazas pudieron obtener, ni lograr su consentimiento. Permaneció firme á todos estos designios; y lexos de asustarse á vista de los tormentos, se ofrecía ella misma, y no rehusaba el morir. Quedábase confuso el Tirano. Ya veo en lo que consiste, la dice: tu alma, insensible al dolor, ha aprendido á despreciar los suplicios; y así estimas en nada tu vida; pero puede ser que sientas mas la pérdida de tu honor mismo. ¿ Esa virginidad, que has consagrado, la darás tan facilmente como tu vida? Pues sábete que voy á hacerte llevar á un lugar de prostitucion, á menos que ahora al punto no humilles

tu altanera cabeza ante el altar de nuestros Dioses, y pidas perdon humildemente á Minerva de haberla despreciado: sábete que es una virgen como tú. Espera, pues, servir de placer á una juventud descarada, que se sabe que nada gusta tanto como hallar nuevos objetos á su brutalidad. No creais, le respondió Inés, que Jesu-Christo abandona tan facilmente á sus esposas. Quiérelas demasiado, y las ama con mucha delicadeza, para sufrir que se haga perder impunemente su pudor; y está siempre pronto á socorrerlas. El os hace dueño de mi cuerpo para dividirle en mil pedazos, si gustais; pero no espereis que os le entregue para que pueda mancharse su pureza.

El Prefecto, haciendo poco caso de este discurso, dió orden de que fuese llevada á cierto lugar retirado de la plaza, y que allí se la expusiese á la pública prostitucion. El verdugo, mo-desto al verla en este estado, se aparta de allí, y no puede contener sus lágrimas: baxa cada uno la vista al pasar, temiendo que la menor mirada demasiado libre, sea para él funesta. Un joven, menos prudente, y mas desvergonzado que los otros, se atreve á parar sus ojos en los de Inés, y á profanar con miradas lascivas una belleza consagrada á Jesu-Christo. Pero al mismo tiempo baxa un Angel como un relámpago: hiere los ojos de este insolente: ofúscales, y le derriba en tierra: quédase tendido, lleno de pasmo, y de convulsiones mortales. Levántanle sus compañeros medio muerto, y le lloran como difunto.

En-

Entretanto triunfa la ilustre Virgen, y vé abatidos á sus pies los monstruos (1), que se habian atrevido á embestirla; pero no se atribuye ella á sí misma la derrota: todo el honor le cede á Jesu-Christo, y á su Eterno Padre: y contenta con cantar la victoria, sin creer haber tenido en ella alguna parte, no puede admirar bastante cómo un lugar de prostitucion ha llegado á ser un asilo de la castidad, y pureza. Dicese que rindiéndose á las urgentes súplicas que la hicieron, se interesó con Jesu-Christo para obtener de su bondad el perdon de este indiscreto joven, y que con su oracion se le volvió la vista con la vida. Este fue el primer grado, que sirvió á la ilustre Inés para elevarse al cielo; pero aún le era preciso otro para llegar á él; porque al oír este suceso milagroso el Tirano, se abrasa de furor. ¿Con que es preciso, la dice como llorando de rabia, que yo ceda? No, no, todavía soy yo el señor. Que la corten al instante la cabeza á esta enemiga de nuestros Dioses: corred, executad las órdenes de nuestros Príncipes. Viendo entonces Inés venir hácia sí el verdugo para quitarle la vida, y que traía en la mano la espada desnuda, le gritó como en un transporte de alegría: Acércate, que tu vista nada tiene que me asuste: al contrario, me encanta, y me alegra. ¡O, y cuánto gusto tengo en verte con ese ayre feroz, esa cara de bárbaro, y esos ojos sedientos de

(1) La crueldad, y la impureza.

sangre! ¡O, y cuánto mejor has hallado tú el medio de agradarme que todos esos jóvenes amorosos, tierños, y lascivos! Mira que no me resisto: tú has penetrado mi corazón. Ven: pronta estoy á satisfacer tus ardientes deseos: no temas: yo misma te saldré al camino. Dá sin miedo: aquí tienes mi pecho. Date prisa á unirme con Jesu-Christo mi esposo; y haz que el golpe, que vas á descargar sobre mí, me haga pasar en un instante de esta oscura, y triste morada á la mansion eterna de la luz. Y vos, que reynais en esa hermosa mansion, Dios Todopoderoso, y mi divino Jesus, mandad que se abran las puertas del cielo: esas puertas, que por tantos siglos estuvieron cerradas á los hombres. Ved aquí á mi alma, que abandona mi cuerpo: ella os busca, Señor, sigue vuestros pasos: corre trás de vos; dignaos llamarla á vos, que os la ofrezco como una víctima de la castidad, y á vuestro padre una fé muy viva. Adoró despues por algun tiempo puesta en silencio, y con la cabeza baxa; y en esta humilde postura recibió la muerte sin sentirla, habiéndola de un golpe cortado el verdugo la cabeza.

Puesta la alma en libertad, toma su vuelo hácia el cielo: vienen los Angeles á recibirla, y siembran de lirios, y de rosas el camino por donde pasa. Viéndose entonces sobre los cielos, y estendiendo la vista por todas partes, se pasma de ver al mundo tan pequeño: parecele todo rodeado de tinieblas; pero quedóse extremamente

sor-

sorprendida al considerar este punto que el sol recorre, este movimiento perpetuo de las cosas de la tierra, esta inquieta agitación, y en medio de la qual viven los hombres: esta rapidez del tiempo, que con los dias, los meses, y los años, arrastra con los Reynos, y los Imperios, los Reyes, y los Emperadores. Quando en este punto de vista considera las dignidades, que inflan el corazón, los vanos honores que le corrompen, el poder tiránico que exercen el oro, y la plata, las riquezas adquiridas á fuerza de grandes delitos, los soberbios edificios cimentados á costa de la sangre de los pueblos, la ridícula variedad de los vestidos, las diversas pasiones de los vivientes, sus baxos, y viles temores, sus débiles odios, sus interesados votos, los peligros continuos que los sitian, sus alegrías, que duran tan poco, sus molestias, que por tan largo tiempo subsisten, las hachas de la discordia, el fuego sombrío, y fúnebre, que la embidia atiza sin cesar, y cuyo humo levantado por el soplo de ella misma, vá á manchar la gloria, y oscurecer la virtud; y en fin, las espesas nubes de la idolatría, que ofuscan casi toda la tierra, y la ocultan la luz de la verdad: todo esto vé Inés, y lo atropella, y desprecia. Otro tanto hace con la cabeza del dragon infernal; aquella antigua serpiente, que con su mortal veneno infesta todo el mundo. Pero siempre el pie de las vírgenes le fue fatal; y há mucho tiempo que su Reyna hizo caer su orgullo caminando sobre su so-

ber-

berbia cabeza. Desde aquel momento, que fue el último de su tiranía, ya no se atrevió mas á levantarla; y así no hace mas que arrastrarse por la tierra, y abatirse.

Llega, en fin, Inés al pie del trono del Eterno Padre, que le ciñe la frente con dos diademas. La primera está enriquecida con sesenta (1) rayos de luz; y cien gruesas perlas componen la segunda. ¡O afortunada Virgen! ¡O nuevo astro, que brillais en el cielo Empireo, ornamento de la celestial Jerusalem, inclinad hácia nosotros esa inmortal cabeza cargada de tantas dichas. Purificad nuestras manchas con vuestras miradas: vos, que por un privilegio, que se os concedió de lo alto, hicisteis respetar la castidad en un lugar en donde la impudicia era la señora: haced solamente que resalte á mi corazon alguna chispa de ese divino fuego, que brilla sobre vuestro rostro, y mi corazon ya no se abrasará mas con un fuego material, y grosero. Porque vuestros ojos tienen el poder de hacer puro á lo que miran; y lo que vuestros pies se dignan tocar, pierde en un instante todo quanto tenía de impuro.

(1) Hace alusion á los sesenta, y á los cien granos de trigo de que se habla en una parábola del Evangelio.

MAR-

MARTIRIO
DE S. FERREOLO,

OFICIAL DE EJERCITO (1).

Sacado de diversos Manuscritos; á saber, dos de la Biblioteca de M. Colbert; uno de la Abadía de Santa Genoveva; otro de S. Mauro de las Fosas; y el otro de la de M. el Presidente Boubier.

Año de Jesu-Christo 304, en el imperio de Diocleciano, y de sus Colegas.

LA Iglesia, objeto de la ternura del Hijo de Dios, y del odio del demonio, gemía baxo la cruel persecucion de Diocleciano, y de sus Colegas, quando Crispin, Gobernador de una parte de las Galias, queriendo adelantar mas su fortuna, y hacer la corte á los Emperadores, aunque fuese á costa de la inocencia, y de la virtud, se aplicó con un extremo cuidado á hacer executar en su Gobierno los últimos edictos, que mandaban el que en todas las Provincias del Imperio se obligase á los Christianos á dar culto á los Idolos. Tenía su residencia ordinaria en Viena. Véasele todos los dias sentado en su tribunal, y rodeado de una tropa de consejeros, que no respiraban sino impiedad, y furor, colmar de honores, y beneficios á aquellos Christianos, que

(1) El dia 18 de Octubre.